indígenas, advertidos desde la víspera de la llegada de los europeos, salieron á su encuentro; iban acompañados de su hechicero, porque cada tribu posee un encantador de elefantes, que consultan siempre antes de la caza: si declara que no puede realizarse sin peligro, todo el mundo suelta las lanzas y las flechas, y se vuelve á su casa; si, por el contrario, piensa que puede intentarse, todos agitan sus armas y corren al enemigo. Cuando se le distingue, el encantador se considera obligado á espetarle un discurso: «¡Oh jefe, le grita; venimos á matartel ¡Oh jefe, como tantos otros, moriréis! ¡Los dioses me lo han dicho esta noche, y antes de la próxima, os comeremos!»

No obstante este discurso y esas bravatas, los negros, por lo general ponen pies en polvorosa á la vista del coloso, si desemboca bruscamente en una llanura donde no se encuentren burladeros; esto había de ocurrir en los principios de la caza que describimos mientras los europeos se preparaban á penetrar en la selva para iniciar un ojeo, oyóse un gran ruido entre los tallares, y vióse salir una hembra con su cría; en el acto los indígenas, incluso el hechicero, huyeron en todas direcciones, dejando á sus huéspedes entregados á sus propias fuerzas.

## VIII

El elefante no pareció notar la presencia de los cazadores; jugaba con su hijuelo, que contaría tres años, balanceando alegremente la trompa, abanicándose con sus enormes orejas, y agitando la cola en señal de contento. Cuando se cansó de estos juegos, aproximóse á un árbol que los árabes llaman heglig, y pareció saborear voluptuosamente sus frutos conocidos con el nombre de lébé; su apetito se excitó sin duda en vez de aplacarse, y se la vió internarse en un pantano, donde, después de jugar otro poco, empezó á buscar semillas de papiro, en árabe suteb, que el elefante de la cuenca del Nilo prefiere aun al lébé.

El señor de Morin, como buen sporman, había tomado la dirección de la caza, encargando severamente á la escolta que no hiciera fuego hasta su orden; sin embargo, un Dinka, más entusiasta que los restantes, le desobedeció, disparando su carabina.

Inmediatamente la elefante interrumpió su comida, levantó la cabeza y procuró descubrir su enemigo; no pudo conseguirlo, porque los elefantes tienen muy mala vista, pero su olfato es sutilísimo, y en el caso presente la bastó: olió la pólyora y, sin yacilar, sin equivocarse, se lanzó, seguida de su hijuelo, hacia el sitio en que se había disparado el tiro.

Nada puede dar idea del ruido que produce un elefante á la carrera; tiembla la tierra y se agita bajo sus anchos pies; creeríase que se va á abrir para dar salida á algún volcán escondido; sospecharíase el sordo redoble del trueno, cuando sin estallar todavía rueda ya en lontananza. Todo lo que á su paso se opone á la impetuosa carrera del coloso, es pisoteado, roto, arrancado: las hierbas más altas desaparecen, los breñales se deshacen, los montículos se hunden, árboles enormes son á veces desarraigados, y toda la sementera de un distrito destrozada.

Los dos elefantes, madre é hijo, pasaron junto á los europeos sin ocuparse de ellos, sin parecer percibirles; seguían obstinadamente el camino que se habían propuesto, recto al invisible enemigo cuyo disparo había denunciado la presencia y revelaba el escondite.

Todos los negros de la escolta huyeron al galope; únicamente el Dinka, que más interés tenía en alejarse, estaba desmontado: su caballo, espantado por la detonación, le había arrojado y corría por la llanura. El desdichado, reducido á sus piernas, corría con una rapidez pasmosa; pero á pesar de todos sus esfuerzos fué bien pronto alcanzado. La elefante le cogió con la trompa, le levantó y le arrojó por tierra para pisotearle; es raro, efectivamente, que estos animales se precipiten sobre el adversario y le aplasten con su peso; prefieren servirse de la trompa, como nosotros

de las manos, y derribar primero al que luégo quieren ahogar.

Un Nubio ó cualquier otro negro hubiera llegado al suelo medio desvanecido, aterrado á los pies de su terrible enemigo; los Dinkas, cuyo valor hemos elogiado anteriormente, saben conservar sangre fría en los más peligrosos instantes; el que ahora acababa de caer en tierra, después de ser tan bruscamente elevado, se levantó rápidamente y corrió á esconderse bajo el vientre del hijuelo. La madre, admirada del imprevisto incidente, pareció reflexionar; después, sin precipitarse, mirando cariñosamente á su hijo, se acercó y recuperó delicadamente su prisionero.

El Dinka renovó la maniobra: obtuvo el mismo éxito; pero la elefante, cuya cólera parecía apaciguada, volvió á enfurecerse, cogió violentamente al negro, y sosteniéndole en el aire, hizo girar rápidamente su trompa para

atudirle é imposibilitarle la huída.

Un minuto más, y el infeliz estaba perdido.

De pronto sonó un tiro, y el elefante pequeño cayó; el señor de Perières le había muerto.

En la imposibilidad de disparar sobre la madre, sin el peligro de herir al hombre que zamarreaba ante su cabeza, temiendo con razón,
que si solamente la hería, se enfurecería más
aún y no perdonaría á su víctima, por último
recurso, en fin, disparó sobre el hijuelo para
distraer á la hembra.

Ese rasgo de audacia, triunfó: aterrada, desesperada la desdichada bestia, en lugar de aplastar al negro, que ya tenía á sus piés, le abandonó por correr en socorro del herido. Se inclinó, se arrodilló á su lado, paseó lentamente su trompa por él buscando su herida; la encontró, tomó agua de su estómago para lavarla; luégo, como si quisiera impedir á la sangre que se vertiera, se acercó al hijuelo, se oprimió contra él, intentando con su carne crearle nueva carne.

Oíansele sordos gemidos, que tenían algo de humano; de sus ojos, tan expresivos no obstante su pequeñez, hubiéranse podido ver correr gruesas lágrimas.

Sin embargo, el hijuelo luchaba en vano contra la muerte; agitóse convulso, cayó de lado, sus patas quedaron rígidas y espiró.

La elefante, después de lanzar una última queja, un grito aún más lamentable que los anteriores, se levantó bruscamente y pensó sólo en vengarse.

El Dinka huía siempre; lejos ya, faltábale poco para alcanzar la selva, y con ella refugio

La persecución era inútil, y la elefante lo comprendió; tal vez también con su maravilloso instinto, se dijo que aquel hombre no era su verdadero enemigo, que otros cazadores debían ocultarse tras de cualquier arbusto; era necesario descubrirles y matarles, vengando la muerte de su hijo.

Paseaba su trompa en todas direcciones, aspirando el aire, mientras sus ojos, enfurecidos de nuevo, procuraban distinguir tras de las hierbas.

Por fin el coloso partió hacia el sitio que la

señoras de Guéran, Poles y sus compañeros ocupaban desde el principio.

El peligro era inmediato, inminente, terrible: el animal estaba ya á treinta pasos.

Sonaron tres tiros, y la elefante, herida en la espaldilla, cayó inerte.

Los cazadores dejaron su espesura y se acercaron prudentemente, como se les había aconsejado: hanse visto elefantes que, creyéndoseles muertos, estaban solamente heridos, levantarse bruscamente para lanzarse sobre sus enemigos en un supremo esfuerzo y espirar á los pocos instantes sobre sus cuerpos mutilados. Esta estaba tan bien muerta, que el mismo José no temió acercarse, después, sin embargo, de haberla disparado su escopeta, cerrando los ojos; no desperdiciaba precauciones, y sabía en la ocasión mostrarse audaz contra un enemigo imposibilitado de defenderse.

Los indígenas de la comarca, que huyeron á la aparición de los elefantes, no habían abandonado el campo por eso; ocultos á respetable distancia, seguían las peripecias de la caza; no bien cayó el coloso, acudieron de todos los puntos del horizonte con el mismo entusiasmo que en huir pusieron; luchaban en rapidez hasta con los milanos y los buitres, que por su parte habían descubierto presa y descendían del cielo, donde antes no se les distinguía, por su parte en el festín.

«Muchas veces, dice Schweinfurth, he tenido ocasión de observar cosa semejante, sobre todo cuando el tiempo es raso. Casi en el momento que una res cae, veis en el cielo puntitos negros que luégo crecen, y son seguidos de otros, que crecen á su vez, que se aproximan, que se dibujan, que son milanos, buitres y demás aves de las que comen carne muerta y que vienen á tomar parte en el botín: creeríase que el cielo, como se figuraban los antiguos, está dividido en pisos, desde donde las aves carniceras, siempre al acecho, se precipitan de sus diversas regiones, en cuanto descubren aquí abajo cualquier cosa que los atrae.»

Reunidos en torno de la elefante, y disputando con las aves de presa, medían los indígenas el coloso que debían repartirse; era hembra en su completo desarrollo, y alcanzaba la altura de 2<sup>m</sup>,64, que es próximamente la que alcanzan la mayoría de los machos de la espe-

cie asiática.

José fué víctima de la más cómica desesperación al observar que sus amos abandonaban á los indígenas, no sólo el cuerpo del animal, sino también sus magníficos colmillos. ¡Quél ¡Tan poco caso hacían de aquellos preciosos dientes, tema de todos los sueños, por los que había abandonado su querida calle Taibout, su amistad con los mozos de Tortoni, su intimidad con el picador del Helder, el profesor del árabe y su amable negra! ¡Aquel maravilloso marfil, de quien un comerciante parisien hubiera sacado tan gran partido, que se hubiera trocado tan pronto en preciosidades de toilette, le veía ahora dar á miserables negros, medio desnudos, ignorantes por lo mismo del uso del cepillo y de los polvos de arroz! Por

fortuna, la caza no había terminado; renació su esperanza.

La muerte del elefante pequeño, el dolor de su madre, la agonía de tan inteligentes animales, habían producido viva impresión en los cazadores, calmando un tanto su ardor bélico; pero les contaban tantas maravillas de la selva vecina; jamás habían penetrado en semejantes expléndidas espesuras, donde la Naturaleza parece haber prodigado sus magnificencias; se sentían atraídos hacia sus antros sombríos, sus misteriosas profundidades, y quisieron conocerlas.

IX

Eran próximamente las dos de la tarde, cuando el grupo de europeos penetró en la selva; su escolta de Dinkas y de Nubios, que había logrado reunirse, les seguía. Muchos indígenas, renunciando á obtener de sus camaradas parte en los animales muertos, se decidieron también á servir de guía á los blancos, con la esperanza de que obtendrían éstos caza fruetuosa y continuarían abandonándoles generosamente la presa. La selva corría al Sudeste por una docena de leguas; un pantano, al presente seco, había prestado á la vegeta-

ción gran desarrollo: las acacias, las mimosas, el talán, el tamarindo, el sicomoro, alcanzaban á gran altura, y el estercorero, cuyo tronco se adelgaza gradualmente, se elevaba á cien pies. Todos estos árboles, en su mayoría gigantescos, se entrelazaban por matas de papiros implantados en un charco, resto de la antigua laguna, por bejucos inmensos, por altas gramíneas formando impenetrables malezas, por cálamus de espinas aceradas.

Un calor sofocante reinaba bajo el espeso follaje: hubiérase creído cualquiera en una estufa excesivamente caldeada. No obstante, los europeos, entregados por completo á la admiración, olvidaban quejarse de él: seguían el lecho de un arroyuelo cristalino como una fuente, cubierto de un toldo de lianas coquetamente entrelazadas, y bordado de matas de gamones con flores blancas y amarillas, con frutos escarlata. Un rayo de sol, penetrando por entre el ramaje, abrillantaba flores y frutos, reflejando como plata líquida en el arroyo. De pronto desembocaron en un claro; las aguas que en él se perdían, las grandes sombras que le rodeaban, le hacían tan verde como una pradera normanda. Los europeos y su escolta se detuvieron á descausar, mientras los indígenas se internaban en la espesura para buscar la pista de los elefantes.

Habría pasado media hora escasa, cuando volvieron todos lanzando grandes gritos; la mayor parte, sin acordarse de los extranjeros, huía en todas direcciones ó escogía los árboles más altos y gruesos para escalarles con agili-

dad asombrosa; otros, más conocedores de sus deberes, se llegaron á los blancos, para decirles que un rebaño numeroso de elefantes se dirigía al claro. Según los primeros, se trataba de una veintena, entre hembras y machos; los segundos decían que un centenar; los últimos gritaban que más de mil. Nada tan curioso como la exageración de los africanos: sin la menor noción de aritmética, son invencibles en la multiplicación; pero, aun contando con ella, era indudable que un formidable ejército recorría la selva, y encaminaba su paseo hacia el sitio en que se hallaban.

—Propongo—dijo Delange,—dejar en paz á los elefantes, y huir como esa gente.

—¿Cómo?—exclamó indignada la señora Poles:—¡se nos presenta la ocasión de ver un espectáculo único, y al levantarse el telón abandonaríamos la butaca!

—Permitidme recordaros, mi querida señora Poles—objetó Periéres,—que no hemos venido al Africa precisamente para cazar elefantes. Buscamos más noble objeto y no tenemos derecho á gastar nuestras fuerzas ni exponer nuestra vida, mientras no le hayamos alcanzado.

—Nadie os habla de cazar—repuso la testaruda inglesa:—no me parece estar loca, y no me ocurre declarar la guerra á un ejército de elefantes, pero sin peligro, yo creo, podemos permanecer aquí algunos instantes contemplando nuestros visitantes. Si se les ocurre aproximarse, nuestros caballos nos llevarán prontamente lejos de su alcance.

—Eso es fácil de decir—replicó el señor Periéres:—nuestros caballos jamás podrán galopar en estas espesuras, y gracias que puedan andar; los elefantes, por el contrario, no tienen que temer las malezas, ni las espinas, ni aún los arboles, y nos alcanzarían en un instante si les pasara por las mientes.

—Lo que decís es tanto más cierto, mi querido Periéres—añadió el señor de Morin, que aún no había dado su parecer,—que yo no monto; tengo más confianza en mis piernas

que en las de mi cabalgadura.

—Entonces ¿estáis decidido á permanecer aquí?—preguntó el señor Delange.

—Absolutamente decidido, si la señora de

Guéran no me ordena marchar.

—¡Por Dios, señores!—exclamó la baronesa;—bien quisiera, no os lo oculto, pero es ya demasiado tarde para tal orden. Nuestros caballos ya no se ocupan de pastar; dirigen todas las cabezas hacia el mismo punto, enderezan las orejas, tiemblan: su instinto les dice que un poderoso enemigo les amenaza. ¡Ved! ¡Ya emprenden la fuga!

Efectivamente, los caballos, en libertad en el claro á usanza árabe, se escapaban asusta-

dos en todas direcciones.

—Aún es tiempo de emprender la retirada dijo el señor Delange.—Me conocéis, sabéis que no conozco el miedo; pero las temeridades son perfectamente inútiles.

-Sin duda-añadió Periéres.

La señora de Guéran miró al que acababa de hablar: parecía que su mirada encerraba un reproche, que reprochaba al señor Periéres compartir la opinión del doctor, rehusando

afrontar el peligro.

Se hallaba tal vez en uno de los momentos del alma, que vuelven á las mujeres temerarias; sufría quizás por la falsa situación en que se hallaba entre dos hombres que la adoraban, que ardían en deseos de decírselo, y cuvas protestas no podía escuchar; preguntábase si la prueba á que por su orden se sometían no era superior á las fuerzas de todos; llegaba tal vez á confesarse que se exponía á serios peligros, que se preparaba un porvenir tristísimo: ¿no sería mejor para ella, para ellos, y aun por aquel á quien buscaban, á quien querían libertar, que la situación se desenlazase bruscamente, en aquel día, en aquella selva, en aquel claro? ¿Por qué afrontar nuevos peligros, á los que tarde ó temprano se sucumbiría? ¿ No era preferible perecer de muerte violenta en aquel delicioso sitio, á extinguirse miserablemente, sin fuerzas ya, agotadas por la fiebre? Al menos hoy moriría con la conciencia serena: ¿podía asegurar que no tuviese, en el próximo futuro, ninguna debilidad que reprocharse, ninguna falta que deplorar?

Todos estos pensamientos que, en virtud de nuestro derecho de análisis, la atribuímos, y que sin duda había acariciado anteriormente, no podían ahora ocupar su espíritu: apenas había levantado los ojos hacia el señor de Periéres, como para reprocharle querer huir, cuando la retirada se hizo imposible, y vivas emociones cambiaron el curso de sus ideas.

UNIVERSIDAD DE RUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERNITARIA "ALFONNO REYES"

1026 MONTERREY, MEDICO

Del otro lado del claro, como á doscientos metros del sitio en donde los europeos se encontraban, surgía un gran estruendo: semejábase á los mugidos de la mar furiosa, á los rugidos de las olas, empujadas por la marea y el viento en alguna profunda caverna, bajo las rocas. Se levaba de la selva como una amplia queja; el follaje, los árboles, gemían; todo se agitaba y temblaba en el aire; nubes de pájaros, ahuventados de sus retiros, huían á todo vuelo, lanzando largos chillidos; un rebaño de búfalos, ocultos por las altas hierbas, se levantó de pronto, tendió los hocicos, aspiró ruidosamente, y después, temeroso, partió en impetuosa carrera. Por último, la tierra misma tembló bajo el peso enorme que la hollaba, y viéronse una cincuentena de elefantes, elevando su cabeza sobre las malezas, navegando sobre las hierbas más altas, desembocar en el claro en batallón macizo.

X

Los elefantes no parecían sospechar la presencia de cazadores en las cercanías. Dueños del país, soberanos de la comarca, acostumbrados á ver huir ante ellos todos los huéspedes de la selva, incluso el león, que jamás

los ataca, no podían suponer que en el instante en que en tan gran número se encontraban reunidos, unos cuantos débiles humanos osaran disputarles el terreno.

Llegados al claro que buscaban sin duda para descansar y jugar á gusto, rompieron filas, y sin temor, sin preocupación, se esparcieron entre las hierbas, según su tendencia ó su capricho. Eligieron unos alfombras de musgo donde acostarse; otros marcharon tras su habitual comida, hojas de mimosa ó de arruel, apellidado el pan del elefante; éstos se detuvieron ante el charco, tomaban agua con sus trompas, y se lavaban el cuerpo para librarse de las impurezas del camino; aquéllos, los jóvenes, los que sólo contaban como sesenta años, jugueteaban alegremente, agitaban sus anchas orejas en señal de contento, entrelazaban fraternalmente sus trompas, ó se perseguían por el claro.

Levantaban gran ruido, pero todo era silencio en torno; la selva callaba; sus huéspedes habían huído, y hasta la Naturaleza parecía enmudecer.

Los europeos, sus intérpretes y tres hombres de la escolta, que les habían permanecido fieles, se estrechaban sobre un pequeño espacio claro; ocultos por las hierbas altas, no podían ser vistos, y nadie alzaba su voz; la prudencia ordenaba á los unos callarse; la admiración impedía hablar á los otros.

En efecto, tenía algo de fantasmagórico el espectáculo que se desenvolvía ante sus ojos: aquellas negras masas agitándose en un mar